

cerlo, su propio pensamiento que, para no traicionarse, se mantiene dichosamente alejado de la fatal, falsa dicotomía poesía-filosofía, en vecindad con la llamada presocrática («Lo decisivo fue la aparición de un pensamiento sin *sistema*, y por lo tanto fragmentario»).

Atenido primordialmente a los textos, pero no sin intentar asimismo un vuelo peculiar, del Barco roza aquí —como era inevitable— terrenos antaño poco transitados al respecto, como la metafísica o la ontología, sin dejar de aludir a la explícita irrupción de lo sagrado. Después de todo, ya en un libro anterior: *El abandono de las palabras*, supo referirse a la mística «al margen de las apropiaciones metafísicas que de ella realiza el pensamiento 'religioso'...».

El riesgo de intelectualización y/o manipulación, aun con las mejores intenciones, que suele acarrear todo asedio parafilosófico de una gran poesía lograda, es superado con limpieza por el autor, quien, por otra parte, una y otra vez manifiesta clara conciencia de tales peligros: «La poesía no se brinda mediante el análisis ya que éste siempre parte de algo pre-reconocido como poético». Y también: «Las explicaciones son excesivas por el acto. La poesía no puede dejar de ser algo desmesurado e inconmensurable para el concepto». Llegando a concluir, si fuera poco: «Porque el poema es inalcanzable soporta el análisis. El *esplendor* del poema siempre está más allá de la razón».

Con semejante lucidez, no nos sorprende que este libro se convierta en una de las aproximaciones, o mejor diría proximidades, más profundas y tocantes con esta poesía originalísima, tan encarnada como fluyente. Y es que, como bien dice asimismo del Barco: «Los rodeos del pensamiento sólo sirven para que el lector tenga *más* acceso a la insondabilidad del poema». Pero no de cualquier pensamiento, es claro.

El autor de este memorable trabajo parece hallarse embebido en su materia, y se despliega en un espacio de afinidad y entrega, pero a la vez también de ahondamiento y concientización. Claro que, como debe ser, para nada de un modo dogmático o imperativo, todo lo contrario, sino más bien adaptándose, adosándose a ese fluir incesante que constituye, como él bien hace notar, la poesía-río de Ortiz.

Sin anteojeras y también sin prejuicios, acaso con la misma humildad y la misma entereza de su protagonista, este texto también intenta conducirnos «hacia la intemperie». A sabiendas, como ya vimos, de que la poesía «siempre está más allá de su interpretación», Oscar del Barco logra enfrentarnos con el misterio gozoso e inefable: «ella se hace en nosotros haciéndonos».

Nunca entonces ni mera literatura ni mera filosofía, «secreta incluso, y tal vez ante todo, para el propio poeta», el autor nos propone aquí —al mismo tiempo— no sólo su consecuencia extrema: «son las

palabras como tales, sin-poeta, las que crean el poema», sino también el sentido evidente de esta vida y esta poesía: «Sin negarse a los reclamos sociales y políticos del mundo supo, no obstante, preservar el ámbito de una soledad que más allá de cualquier tipo de egoísmo le permitió permanentemente vivir en estado de éxtasis poético». Eso que, estamos seguros, fue (y es) Juan L. Ortiz.

Rodolfo Alonso

Arte Latinoamericano del Siglo XX,
Edward Sullivan (ed.), Madrid, Nerea,
1996.

La edición original de este libro colectivo es en inglés, aunque la mayor parte de los textos se redactaron en español y luego fueron traducidos para Phaidon, la editorial que puso en marcha el proyecto. La versión en español, publicada por Nerea, puede considerarse, pues, una edición original a medias. Al concebir la articulación del libro, Sullivan, profesor de historia del arte en la Universidad de Nueva York, ha distribuido los capítulos por países —incluido Estados Unidos, para el arte chicano— y ha considerado con buen criterio que la redacción de todas y cada una de estas secciones debía correr a cargo de especialistas de los respectivos lugares. Los autores de los capítulos son conocedores del arte contemporáneo que están vinculados de muy diversas maneras

al estudio del arte latinoamericano de nuestro siglo. Entre los colaboradores están gentes del mundo universitario, como E. García-Gutiérrez, la dominicana Jeannette Miller, Víctor Zamudio-Taylor, de la Universidad de Texas, e Ivonne Pini, de Colombia; investigadores no ligados al mundo académico, como es, por ejemplo, el caso del brasileño Ivo Mesquita y de Mónica Kupfer, directores y conservadores de museos, como Teresa del Conde, Milan Ivelic, Lenín Oña, Ticio Escobar y Natalia Majluf, y también comisarios de exposiciones y personas ligadas a instituciones culturales no museológicas, como la venezolana Rina Carvajal, Pedro Querejazu y Alicia Haber. De esta manera, el libro queda configurado con un complejo conjunto de intereses disciplinares que se propone servir de *análogon* literario del diversificado y abigarrado panorama artístico de América Latina en nuestro siglo. Esta variedad de aproximaciones vivifica notablemente los contenidos.

El voluminoso libro está profusamente ilustrado con reproducciones de mucha calidad, lleva un apéndice bibliográfico y un cuidado índice onomástico, y cuenta con todos los atributos de un manual de divulgación digno de consulta, aunque, al haberse preparado una edición lujosa, es más que probable que no cuente con la difusión que mejor le corresponde. La bibliografía general sobre arte latinoamericano contemporáneo no es aún muy abundante. La biblio-

grafía preparada por James A. Findlay en 1983 para Greenwood Press lo constató. Después se han sumado unos cuantos trabajos de gran interés que han contribuido a reforzar los conocimientos, como ha ocurrido con varias exposiciones importantes en Europa y Estados Unidos y con los libros de, por ejemplo, Damián Bayón, Marta Traba, Jean Franco, Gerardo Mosquera o el propio Sullivan y con el muy publicitado de Edward Lucie-Smith. Los estudios sobre los desarrollos locales de la creación artística en los diferentes países del continente son mucho más numerosos, pero los interrogantes irresueltos por la historiografía ocupan aún un amplísimo espacio en ellos. El libro que reseñamos es fiel reflejo de esa situación de partida: está escrito como una glosa de campos de conocimiento que todavía están frágilmente ordenados o que, al menos, se ven contrariados por los propios instrumentos de estudio.

Así, por ejemplo, llevar a una unidad artículos que hablan sobre las artes plásticas de México, Cuba, Ecuador, Chile, Brasil, etc., denota un deseo explícito de diálogo entre esas diversas trayectorias del mismo área cultural, un deseo tácito de representar una interrelación que, sin embargo, no se recoge en los artículos aislados, porque las pautas e intereses historiográficos aplicados son suficientemente heterogéneos y particulares, como para que no se teja un discurso efectivo de conjunto. Esta era una

misión ciertamente difícil, por no decir imposible, con la que se ha cumplido dejando paso al sentido común, esto es, dejando las cosas como dicta el estado de la cuestión a efectos divulgativos.

La riqueza de la producción artística latinoamericana de este siglo no encuentra su mejor acomodo en un libro de más de trescientas páginas, pero se hace posible establecer, al menos, la crónica de los hechos principales. Se han tenido que aplicar criterios de selección, que, desde luego, no han dejado fuera a ninguno de los máximos exponentes y se han fijado por lo general en obras de marcada significación. En este sentido el libro en cuestión redacta una historia sucinta, instructiva y lograda en sus propósitos de lo mejor del arte latinoamericano contemporáneo. Las preguntas que quedan coleteando en esa extensa crónica, las que uno hace al libro sin obtener respuesta, son las que se refieren a las derivaciones críticas, a los órdenes cronológicos, a la trama interna de las sucesivas tentativas estilísticas, a las correlaciones, a los distingos, a la específica intensidad de las manifestaciones. Es innecesario apuntar a los exponentes con el fin de reivindicarlos para el «concierto internacional»; interesa más conducir al lector también por el camino de la historia interna de esos mismos logros artísticos. Pero, esta es, tal vez, una tarea de la que se siente liberada la divulgación. Con este libro bienvenido se reduce en España un tre-

mendo déficit de publicaciones sobre arte latinoamericano de nuestra época.

J.A.

La América real y la América mágica a través de su literatura, Mercedes Suárez, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996.

El primer acierto de Mercedes Suárez en su libro es haber colocado al frente de él, como un desafío, una cita de Pablo Neruda: «América, no invoco tu nombre en vano». Y así es: América es invocada y evocada a lo largo de las cuatrocientas cincuenta páginas de esta obra no en vano sino siempre con verdad y fundamento y de un modo total. Los textos reunidos han sido seleccionados con inteligencia y amor para presentarnos la realidad americana en sus diversas facetas: las gentes –a través de una rica galería de personajes cotidianos: indios, negros, mulatos, las mujeres y los niños, o de arquetipos como el tirano, el guerrillero o el vendedor de palabras–; la naturaleza y otros escenarios –el paisaje, la pampa o los llanos, los animales, la ciudad, las aldeas, los mercados, los burdeles–; y esa doble cara –la real y la mágica– que ofrece a quien con ojos limpios e interesados contemple la realidad, presente o histórica, mostrada aquí a través de testimonios literarios de belleza y calidad.

La lectura de este libro proporciona una visión directa y fresca,

sin deformaciones ni prejuicios, de nuestra América, y el hecho de que los autores de los textos escogidos pertenezcan a nuestro tiempo, contribuye a que el fruto de la selección se ofrezca con un lenguaje actual y próximo. En alguna medida este libro viene a enriquecer el panorama ofrecido por otro (María Enriqueta Soriano, Pilar Maicas, Mercedes Gómez del Manzano: *España y América al encuentro*, BAC, Madrid, 1992) publicado hace pocos años y en el que se ofrecía al lector una antología de textos, sobre todo de cronistas de Indias, si bien no faltaban otros de escritores contemporáneos, con la finalidad de proporcionar una base documental para el mejor conocimiento y mayor comprensión de la historia de América y de su secular relación con España, teniendo en cuenta el telón de fondo que cinco años atrás brindaba la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento.

Para elaborar este libro, Mercedes Suárez ha dedicado muchas horas de inteligente y atenta lectura con el ánimo de elegir cuidadosamente los pasajes más adecuados para cada tema. Nada sería más expresivo de la variedad de las cuestiones contempladas que reproducir el sumario del libro así como la nómina de los escritores elegidos, nómina que cuenta con lo más selecto de las letras hispanoamericanas de este siglo. Están todos los que son, y son todos los que están, cabría decir con la bien conocida frase. Lo cual no quiere decir que